

KURT

VONNEGUT

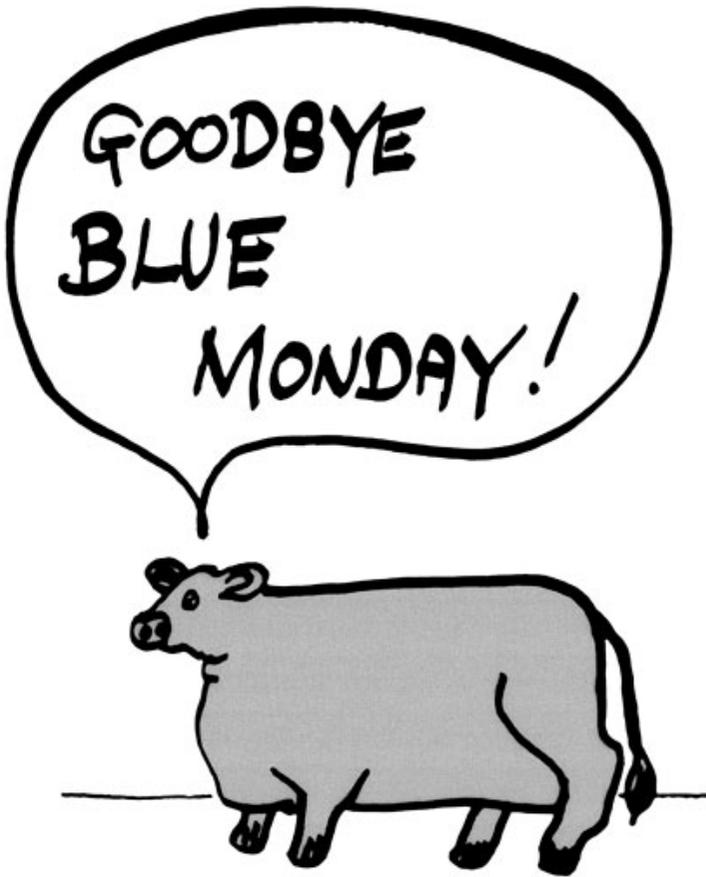
DESAYUNO
DE
CAMPEONES

UNERS

Desayuno de campeones es la novela más personal, satírica y disparatada del incomparable Kurt Vonnegut. Una suerte de historia abreviada del siglo XX estadounidense en particular y de la humanidad en general, contada (e ilustrada) para niños o extraterrestres por un loco, que bien podría ser el Creador del Universo. La publicó originalmente en 1973, cuando ya era un escritor consagrado, y narra en un juego de cajas chinas el encuentro entre un grupo de personajes tan estafalarios como entrañables con el escritor que los inventó.

Novela de culto para los vonnegutianos, *Desayuno de campeones* es una prueba de hasta qué punto, con su irreverencia formal, el autor de *Cuna de gato* amplió el horizonte de posibilidades del género, y también una oportunidad para descubrir cómo son la política, el sexo, el arte, la vida y la muerte en el planeta Tierra según **Kurt Vonnegut**.





¡Adiós, lunes triste!

*En memoria de Phoebe Hurty,
que me consoló en Indianápolis
durante la Gran Depresión*

Me probará, y saldré como oro.

Libro de Job

Prefacio

“Desayuno de campeones” es el eslogan de una marca registrada de General Mills, Inc. para un producto de cereales para el desayuno. El uso de dicha expresión en el título de este libro no sugiere ninguna asociación con General Mills ni el patrocinio de la empresa, y tampoco se propone desacreditar sus prestigiosos productos.



La persona a la que está dedicado este libro, Phoebe Hurty, ya no está en este mundo, como suele decirse. Era una viuda de Indianápolis cuando la conocí a fines de la Gran Depresión. Yo tenía alrededor de dieciséis años. Ella tenía alrededor de cuarenta.

Era rica, pero había ido a trabajar todos los días hábiles de su vida adulta, y seguía haciéndolo. Escribía una sensata y graciosa columna de consejos para enamorados en el *Times* de Indianápolis, un buen periódico que hoy es una empresa difunta.

Difunta.

Escribía anuncios para la William H. Block Company, una gran tienda que todavía prospera en un edificio que diseñó mi padre. Escribió este anuncio para una liquidación de sombreros de paja: “Con estos precios, puede ponerle uno al caballo y dar sombra a las rosas”.



Phoebe Hurty me contrató para redactar anuncios de ropa para adolescentes. Yo tenía que usar la ropa que elogió. Era parte del trabajo. Y me hice amigo de sus dos hijos, que tenían mi edad. Me pasaba el día en casa de ellos.

Ella usaba palabrotas cuando hablaba con sus hijos y conmigo, y con nuestras amigas cuando las llevábamos. Era graciosa. Era liberadora. Nos enseñó a ser insolentes en la conversación, no solo al hablar de temas sexuales, sino de la historia de los Estados Unidos y los héroes famosos, de la distribución de la riqueza, de la escuela, de todo.

Ahora me gano la vida siendo insolente. Lo hago con torpeza. Sigo tratando de imitar la desfachatez que Phoebe Hurty practicaba con tanta elegancia. Ahora creo que esa elegancia le resultaba más fácil a ella que a mí por el estado de ánimo de la Gran Depresión. Ella creía lo que entonces creían muchos americanos: que el país sería feliz, justo y racional cuando llegara la prosperidad.

Ya no oigo esa palabra, prosperidad. Antes era sinónimo de paraíso. Y Phoebe Hurty creía que la insolencia que ella recomendaba daría forma al paraíso americano.

Ahora esa insolencia está de moda. Pero ya nadie cree en un nuevo paraíso americano. Extraño a Phoebe Hurty.



En este libro expreso la sospecha de que los seres humanos son robots, máquinas: recordemos que las personas, hombres en su mayoría, que estaban en las últimas etapas de la sífilis y sufrían de ataxia motriz eran un espectáculo común en el centro de Indianápolis y en las aglomeraciones de gente cuando yo era niño.

Esa gente estaba infestada de pequeños sacacorchos carnívoros que solo se veían por el microscopio. Las vértebras de las víctimas se fusionaban cuando los sacacorchos penetraban en la carne que las separaba. Los sifilíticos te-

nían un aspecto solemne: erguidos, con la mirada hacia delante.

Una vez vi a uno que estaba en la esquina de Meridian y Washington, bajo un reloj colgante diseñado por mi padre. En la ciudad esa intersección se conocía como “el Gran Cruce”.

En el Gran Cruce, el sifilítico intentaba sacar las piernas de la vereda para cruzar la calle Washington. Tiritaba, como si en su interior ronroneara un motor. He aquí su problema: los sacacorchos le estaban comiendo el cerebro donde se originaban las instrucciones para sus piernas. Los cables que transmitían las instrucciones ya no estaban aislados, o estaban cortados. Los interruptores que jalonaban el camino ya no se abrían ni se cerraban.

Este hombre parecía muy viejo, aunque quizá solo tuviera treinta años. Pensó y pensó. Y luego alzó la pierna dos veces, como una corista.

Cuando yo era niño, sin duda me parecía una máquina.



Suelo pensar en los seres humanos como gomosos tubos de ensayo en cuyo interior hierven reacciones químicas. Cuando yo era niño, vi mucha gente con bocio. También Dwayne Hoover, el vendedor de Pontiac que es protagonista de este libro. Esos desdichados terrícolas tenían glándulas tiroideas tan hinchadas que parecían tener una calabaza en la garganta.

Después se supo que lo único que debían hacer para llevar una vida normal era consumir menos de un millonésimo gramo de yodo por día.

Mi propia madre se destruía el cerebro con sustancias químicas que presuntamente la harían dormir.

Cuando me deprimó, tomo una píldora, y recobro el buen humor.

Etcétera.

Así que es una gran tentación para mí, cuando creo un personaje para una novela, decir que es como es porque se le estropearon los cables, o por cantidades microscópicas de sustancias químicas que ingirió o dejó de ingerir ese día.

• • •

¿Qué opino de este libro? Me siento muy mal con él, pero siempre me siento mal con mis libros. Mi amigo Knox Burger dijo una vez que cierta novela torpe “se leía como si la hubiera escrito Philboyd Studge”. Creo que soy Philboyd Studge cuando escribo lo que aparentemente estoy programado para escribir.

• • •

Este libro es el regalo que me hago a mí mismo al cumplir cincuenta años. Me siento como si me hubiera trepado al lomo de un techo a dos aguas.

A los cincuenta años estoy programado para actuar como un niño: insultar el himno nacional, garrapatear figuras de una bandera nazi y un ano y muchas otras cosas con un marcador. Para dar una idea de la madurez de las ilustraciones de este libro, he aquí mi dibujo de un ano:



• • •

Creo que estoy tratando de sacar toda la chatarra que he acumulado en la cabeza: los anos, las banderas, las bombachas. Sí, este libro contiene el dibujo de una bombacha. También incluyo personajes de mis otros libros. No pienso organizar más espectáculos de marionetas.

Creo que estoy tratando de dejar mi cabeza tan vacía como cuando nací en este planeta arruinado, hace cincuenta años.

Sospecho que es algo que la mayoría de los americanos blancos, y de los americanos no blancos que imitan a los americanos blancos, tendría que hacer. Las cosas que los demás han puesto en mi cabeza no encajan bien, a menudo son feas e inservibles, y no guardan ninguna proporción entre sí, no guardan ninguna proporción con la vida tal como es fuera de mi cabeza.

No tengo cultura, no tengo armonía humana en el cerebro. Ya no puedo vivir sin cultura.



Así que este libro es una vereda llena de chatarra, desechos que arrojo por encima del hombro mientras viajo en el tiempo para volver al 11 de noviembre de 1922.

En mi viaje llegaré a un momento en que el 11 de noviembre, que es mi cumpleaños, era un día sagrado llamado Día del Armisticio. Cuando yo era niño, y cuando Dwayne Hoover era niño, toda la gente de todos los países que habían peleado en la Primera Guerra Mundial callaba durante el minuto once de la hora once del Día del Armisticio, que era el día once del mes once.

Fue durante ese minuto de 1918 cuando millones de seres humanos dejaron de masacrarse. He hablado con ancianos que estaban en el campo de batalla en ese minuto. De un modo u otro me han dicho que ese súbito silencio era la Voz de Dios. Así que todavía hay entre nosotros hombres

que recuerdan el momento en que Dios le habló claramente a la humanidad.



El Día del Armisticio se ha convertido en Día de los Veteranos. El Día del Armisticio era sagrado. El Día de los Veteranos no lo es.

Así que arrojaré el Día de los Veteranos por encima del hombro. Me quedaré con el Día del Armisticio. No quiero deshacerme de mis cosas sagradas.

¿Qué otra cosa es sagrada? Ah, *Romeo y Julieta*, por ejemplo.

Y toda la música.

PHILBOYD STUDGE

1

Esta es la historia del encuentro de dos hombres blancos solitarios, flacos y bastante viejos en un planeta que agonizaba rápidamente.

Uno de ellos era un escritor de ciencia ficción llamado Kilgore Trout. En ese momento era un desconocido, y suponía que su vida había terminado. Se equivocaba. A raíz de este encuentro llegó a ser uno de los seres humanos más amados y respetados de la historia.

El hombre que conoció era un vendedor de automóviles, un representante de Pontiac llamado Dwayne Hoover. Dwayne Hoover estaba a punto de volverse loco.



Escuchen:

Trout y Hoover eran ciudadanos de los Estados Unidos de América, cuyos habitantes son estadounidenses o americanos. Este era su himno nacional, que era una sarta de despropósitos, como muchas otras cosas que presuntamente debían tomar en serio:

*O say, can you see, by the dawn's early light,
What so proudly we hailed at the twilight's last gleaming,
Whose broad stripes and bright stars, through the perilous fight,*

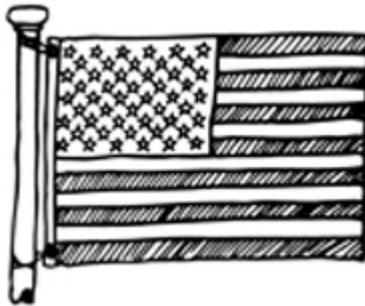
O'er the ramparts we watched were so gallantly streaming?

*And the rockets' red glare, the bombs bursting in air,
Gave proof through the night that our flag was still there.*

*O say, does that star-spangled banner yet wave
O'er the land of the free, and the home of the brave?*^[1]

Había millones de países en el Universo, pero el país al que pertenecían Dwayne Hoover y Kilgore Trout era el único que tenía un himno nacional que era un galimatías salpicado de signos de interrogación.

Así era la bandera:



En ese país había una ley que no existía en ningún otro país del planeta, y decía lo siguiente: "La bandera no se debe inclinar ante ninguna persona ni objeto".

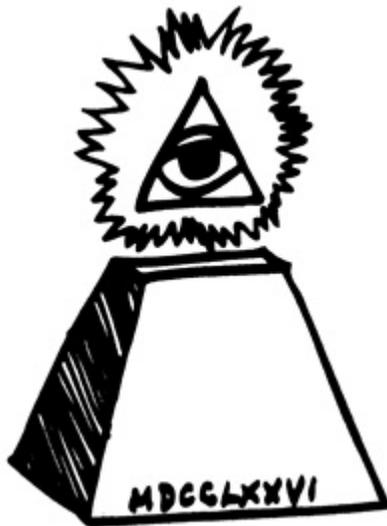
La inclinación de la bandera era una forma de saludo amigable y respetuoso que consistía en bajar la bandera hacia el suelo y alzarla de nuevo.

• • •

El lema del país de Dwayne Hoover y Kilgore Trout era *E pluribus unum*, que significaba, en un idioma que ya nadie hablaba: "A partir de muchos, uno".

La bandera que no se podía inclinar era una belleza, y el himno y ese lema vacío quizá no importaran mucho, salvo por esto: muchos ciudadanos eran tan ignorados y engañados e insultados que pensaban que se habían equivocado de país, o incluso de planeta, que se había cometido un tremendo error. Habría sido un consuelo que el himno y el lema mencionaran la justicia, la hermandad, la esperanza o la felicidad, que los acogieran en la sociedad y les permitieran compartir su patrimonio.

Si estudiaban el papel moneda para tratar de entender su país, encontraban, entre otras rarezas extravagantes, la imagen de una pirámide trunca con un ojo radiante en la cúspide:



Ni siquiera el presidente de los Estados Unidos sabía qué significaba. Era como si el país dijera a sus ciudadanos: "El disparate es nuestra fuerza".

• • •